

– ¿Qué ocurre, Haidi? ¿No te alegras de verme? Ayer parecías muy satisfecha...

Por encima de los cuatro metros de distancia que les separaba, la miraba con acritud y severidad, furioso con ella por plantarle en el hotel y consigo mismo por arrastrarse de nuevo hasta allí. Inmóvil en el centro del salón y clavándole los ojos, emanaba ira.

– Sí, claro que sí, pero... no esperaba volver a verte.

Una vez conseguido el santo grial del sexo, los hombres desaparecían ¿no?, pensó. Tenía frío en los pies, además de parecerle ridículo estar descalza ante él, que iba vestido con un atuendo perfecto y acicalado de pies a cabeza.

– ¿Cómo dices?

Alistair, frunciendo el ceño y con mirada amenazante caminó despacio hacia ella; la había malinterpretado... «¿Así que no quieres verme más? Menuda osadía, niña», maldijo para sí.

– ¿Cómo sabes... dónde vivo?

Estaba empezando a inquietarse, pero recordó que sus compañeras estaban en la cocina. No se pondría violento allí ¿verdad?... Apenas le conocía... ¿Cómo podía saber qué tipo de talante tenía y cuáles eran sus intenciones? Ahora ya tenía frío en todo el cuerpo, no sólo en los pies.

– Del mismo modo que sé dónde trabajas; estoy en el Parlamento, ¿recuerdas? Tengo acceso a todo tipo de información.

Al ver que avanzaba hacia ella destilando rabia, Haidi involuntariamente dio un paso hacia atrás, topando de espaldas contra la pared. Descalza era todavía más bajita, él más alto. Sin quitarle ojo de encima, se plantó a escasos centímetros de ella dispuesto a reprenderla por todo lo que le importunaba. Apoyó las manos en la pared a ambos lados de la cabeza de Haidi. Aquella flacucha no sabía quién era él, pensó, y se lo iba a demostrar. Abrió la boca para reprocharle que le hablara así, que se hubiera largado del hotel, que intentara poner fin a lo que fuera que había entre ellos... pero no dijo nada. No le salieron las palabras.

En su lugar, volvió a notar el vacío en el estómago.

Parecía hipnotizado, como una cobra con la flauta del faquir. ¿Qué había detrás de aquellos dos zafiros negros? ¿Pena? ¿Miedo?

Intimidada por su actitud y con una mirada suplicante, le posó las manos en el pecho para amansarle. El tenue roce de las palmas de Haidi produjo un nuevo chispazo eléctrico por todo su cuerpo.